

CAPITULO V.

Como el mejor piloto consultaba
 La brújula, y el polo á que miraba
 Y á que la aguja siempre dirigia,
 Era lo que á sus miras convenia:
 Las velas que con arte y con cuidado
 Tendia, atravesando el mar salado,
 Con su viento del hombre las pasiones
 Las hinchaban en todas ocasiones.

El Engañador, tragedia.

ALTERCABA todavía Foster con Amy, que respondia con desprecio y desden á las súplicas que le hacia de volver á su cuarto, cuando se oyó llamar á la puerta con un silbido.

— ¡Ahora sí que estamos buenos! dijo; es sin duda milord: ¿que podré decirle sobre lo que ha pasado? En verdad que no lo sé. Es preciso que tenga el diablo en el cuerpo ese picaron de Lambourne: se ha escapado de la horca para venir á meterme en este enredo.

— Poco á poco, señor mio, dijo Amy, corra vm. á abrir á su amo. ¡Milord, mi querido lord! gritó corriendo apresurada ácia la puerta de la sala. ¡Ah! añadió con un tono que manifestaba el pesar de haberse equivo-

cado en sus esperanzas, no es sino Ricardo Varney.

— Sí, señora, dijo Varney saludandola con un tono respetuoso á que contestó ella con desagrado; sí, no es sino Ricardo Varney. Pero solemos ver con gusto una nube dorada que aparece por la mañana del lado del este, porque anuncia la llegada del sol.

— ¿No viene hoy milord? preguntó Amy con alguna agitacion; y Foster hizo la misma pregunta. Varney contestó que podian disponerse á recibir su visita, y empezaba á entablar sobre eso su conversacion, cuando corriendo á la puerta de la sala, dijo Amy en voz alta: — ¡Juanita, Juanita! pronto, pronto, ven á mi tocador. Volviendose ácia Varney, le preguntó: ¿Ha encargado á vm. milord alguna otra cosa para mí?

— He aquí, señora, una carta que dirige á vm., y que contiene una prenda de su afecto para la que reina como soberana en su corazon. Al mismo tiempo la presentó un paquete bien cerrado con un cordon de seda escarlata. Procuró ella soltar al momento el nudo, y no pudiendo conseguirlo, volvió á gritar: ¡Juanita, Juanita! unas tijeras, un cuchillo, ó cualquiera otra cosa con que pueda cortar este nudo que retarda mi felicidad.

— ¿Podrá servir á vm. esta arma, señora?

dijo Varney presentandola un puñal precioso.

— No, señor, respondió ella con mucho desden, el acero de ese puñal no cortará mi nudo de amor.

— Pues ha cortado mas de cuatro, dijo aparte Tony Foster mirando á Varney.

Entretanto cedió el nudo, sin otros socorros, á los dedos delicados de Juanita, jóven y linda muchacha, hija de Foster, vestida con sencillez, y que habia acudido con presteza al oír que Amy la llamaba. Un collar de piedras orientales era lo que contenia el paquete, y la dama le puso en manos de su criada despues de haberle examinado, y empezó á leer ó mas bien devorar el contenido de un billete perfumado que le acompañaba.

— Seguramente, señora, dijo Juanita mirando admirada el collar, las muchachas de Tiro no tenían mejores joyas. Y la inscripcion: *Para adornar lo que no necesita adorno.* Cada perla de estas vale seguramente un tesoro.

— Y cada palabra de este grato billete vale mas que el collar, hija mia. Pero vamos al tocador, Juanita, sin perder un momento. Milord va á llegar esta tarde, y me encarga dar á vm. buena acogida, señor Varney: sus deseos son una ley para mí. Convido á vm. para la colacion de la noche, y á vm. tambien, señor Foster. Den vms. las órdenes necesarias

para que se hagan los preparativos convenientes para recibir á milord. Al decir esto salió de la sala.

— Empieza á tomar ya un gran tono, dijo Varney, y admite en su presencia á título de favor, como si gozase del alto rango de milord. Tiene razon: es prudencia ensayar de antemano el papel que la fortuna puede hacernos representar. Preciso es que el aguilucho aprenda á mirar al sol ántes de remontar el vuelo ácia él.

— Si solo se tratase, dijo Foster, de levantar la cabeza cuanto es necesario para no desvanecerse, aseguro á vm. que no bajará ella la cresta. Es un halcon que no obedecerá á mis silbidos, señor Varney. ¡Si supiera vm. con que tono de desprecio empieza á tratarme!

— Tú tienes la culpa, tonto, mentecato, sin genio, sin invencion, que no conoces mas medio de represion que la fuerza brutal. ¡No pudieras, para hacerle agradable el interior de la casa, emplear la música y otras diversiones, y para que no tenga deseos de salir, contarle historietas agradables? El cementerio está junto á las paredes del parque, y ni siquiera te ocurre el evocar una alma en pena para traer á raya á las mugeres que tienes en tu casa.

— No diga vm. eso, señor Varney. Aun-

que no temo á alma viviente, no quiero chancarme con los muertos, mis vecinos. Aseguro á vm. que se necesita tener valor para vivir tan cerca de ellos. El digno señor Holdforth, predicador vespertino de Santa Antolina, estaba muerto de miedo la última vez que vino á verme.

— ¡Calla, loco, supersticioso! ó mas bien, ya que hablas de los que vienen á verte, dime, pícaro redomado, ¿como he encontrado á Tresilian en el parque?

— ¡Tresilian! ¿quien es Tresilian? no le conozco ni de nombre.

— ¡Que, miserable! ¿no sabes quien es? ¿no sabes que es el pajarero de Cornouailles á quien el viejo sir Hugo Robsart habia destinado su canaria Amy? Desesperado de ver que el pájaro habia volado, venia aquí por si podia cogerle en la liga. Es preciso con él grandes precauciones, se cree ofendido, y no es capaz de tragarse con resignacion una afrenta. Por fortuna no se recela de milord, cree que solo tiene que haberlas conmigo. Pero ¿como diablos ha podido introducirse aquí?

— Sin duda él es quien ha venido con Miguel Lambourne.

— ¿Y quien es Miguel Lambourne? Por Jesucristo, que solo te falta poner un cartel á la puerta, llamando á todos los vaga-

mundos, y convidandolos á entrar á ver lo que deberias ocultar del aire, del sol mismo.

— ¡Vea vm. como los cortesanos agradecen los servicios que se les hace! ¿No me ha encargado vm., señor Ricardo Varney, buscar un hombre espadachin y desalmado? ¿He hecho mal en buscarle? Y eso no era cosa muy fácil, pues gracias á Dios no conozco gentes de esa ralea. Pero ha querido el cielo que ese bribon, que es bajo todos aspectos el refinado pícaro que vm. desea, llegase aquí reclamando impudentemente los derechos de una amistad antigua, y he dado acogida á sus pretensiones únicamente por agradar á vm.; Vea vm. como se me agradece el haberme olvidado por vm. hasta el punto de conversar con él!

— Pero, si es un bribon como tú, y á quien solo falta el barniz de hipocresía que cubre la superficie de tu alma, del mismo modo que los restos de doradura que se ven sobre una arma vieja corroida por el moho, ¿como es que el religioso, el enamorado Tresilian ha venido aquí con él?

— No lo sé, pero han venido juntos, por vida mia. Y para decir á vm. la verdad, ese Tresilian, ya que asi se llama, ha conversado un rato con nuestra linda prisionera; miéntras hablaba yo con Lambourne en la biblioteca sobre nuestros asuntos.

— ¡Imprudente, miserable! nos has perdido á los dos. Mas de una vez ha pensado ella en su casa y en su padre, en ausencia de milord. Si á fuerza de sermones la ha decidido á volverse allí, ¿que será de nosotros?

— Nada tema vm., señor Varney: predicaba en desierto sin duda. Desde que ella le ha visto, ha pegado un grito como si la hubiera picado una víbora.

— Tanto mejor; pero, Foster, ¿no podrás sondear á tu hija para saber que es lo que ha pasado entre los dos?

— Diré á vm. con franqueza, señor Varney, que mi hija no entrará jamas en nuestras miras: no quiero que se mezcle en nada. Yo puedo ayudar á vm., porque sé como arrepentirme de mis faltas; pero no quiero arriesgar la alma de mi hija por el gusto de vm. ó el de milord. Yo puedo caminar entre riesgos y precipicios, porque estoy armado de prudencia y discrecion, pero no quiero aventurar por ellos mi pobre Juanita.

— Autómato estúpido, no quiero yo tampoco que tu hija, que es una mocosa, sea sabedora de nuestros secretos, ni que se vaya al diablo á la cola de su padre; pero puedes sonsacar de ella indirectamente alguna cosa.

— ¡Ah! si no es mas que eso, eso ya está

conseguido, señor Varney. Su ama le ha dicho que su padre está enfermo.

— ¡Enfermo! bueno es saberlo, y me servirá de gobierno. Pero es preciso que nos descartemos de ese Tresilian. Yo no hubiera necesitado de nadie para eso, porque le aborrezco de muerte; no le puedo estomagar, y he visto ya el momento en que íbamos á cesar de temerle; pero me he resbalado, y á decir verdad, si tu compañero no hubiera llegado tan á propósito para detenerle el brazo, sabria en este momento si hemos caminado tú y yo ácia el cielo ó ácia el infierno.

— ¡Y habla vm. con esta ligereza de un riesgo semejante, señor Varney! Es vm. hombre de valor. En cuanto á mí, si no creyese vivir todavía muchos años, y tener tiempo de trabajar en la grande obra de mi salvacion por medio de un arrepentimiento, no seguiria á vm. en su peligrosa carrera.

— Tú vivirás tanto como Matusalen, Foster; reunirás tantas riquezas como Salomon, y te arrepentirás entónces tan devotamente, que serás mas famoso todavía por tu penitencia que por tus maldades; y no es poco decir. Pero por ahora es preciso andarse con piés de plomo con Tresilian. Tu digno compañero le ha seguido, y se interesa en eso nada menos que nuestra fortuna.

— Ya lo sé, ya lo sé, respondió Foster: vé aquí lo que es hallarse ligado con un hombre que no conoce siquiera bastante las escrituras para saber que el que trabaja merece un salario. Para mí serán, según se acostumbra, todos los riesgos y todas las faenas.

— ¡Los riesgos! ¿y cuales son esos riesgos? Ese bribon podrá venir á rodear tu parque y tu habitacion, le coges como á un ladron, empleas contra él el acero de un puñal, ó el plomo de una arma de fuego, eso es natural; ¿quien podrá reprendertelo? Un perro encadenado muerde al que se acerca y le incomoda.

— Sí, y al darme el destino de un perro, no es mejor mi recompensa. Vm., señor Varney, se ha apoderado de la hermosa propiedad de Abingdon, y yo no tengo sino el miserable usufructo de este dominio, usufructo precario, revocable é incierto.

— Ya lo entiendo, quisieras que este usufructo se convirtiese en propiedad. Eso podrá verificarse con el tiempo, Tony, bien entendido cuando lo merezcas. Pero ¡alerta siempre, Foster! no es bastante el ceder uno ó dos cuartos de esta casa vieja para que sirva de pajarera á la canaria del lord; no basta el cerrar las puertas y las ventanas para impedir que se escape. Acuérdate de que el producto

líquido de esta granja está valuado en 79 libras 5 chelines, sin comprender la leña. Debes tener conciencia, y confesar que necesitas hacer grandes servicios, servicios secretos, para ganar tal recompensa y alguna cosa mejor. Ahora llama á tu criado para que me saque las botas; quiero comer, dame una botella del mejor vino que tengas, y despues iré á ver ese lindo pajarito, hermoso como un Adónis, con la frente serena y el corazon alegre.

Se separaron y se reunieron al mediodía, que era entónces la hora de comer, Varney vestido como los cortesanos de aquella época, y Foster con un traje que hacia resaltar mas y mas todavía su maldita facha.

Esta mudanza de traje la notó desde luego Varney, y cuando acabaron de comer y quedaron solos, le dijo mirandole de piés á cabeza:

— ¡Que diablos, Tony! estás tan lindo como un jilguero! Bien puedes tararear una giga; pero no, no, ese acto profano te escluiria de la congregacion de los celosos carniceros, de los puros tejedores y de los santos panaderos de Abingdon, que dejan enfriar el horno miéntras se calientan sus cabezas.

— Emplear con vm. palabras de fé, señor Varney, seria, escuseme vm. la parábola, seria echar margaritas á puerços. Hablaré á

vm. mas bien el language del mundo, el language que aquel que es el rey del mundo ha permitido á vm. comprender, y del cual ha aprendido vm. á sacar tanto partido.

— Di todo cuanto quieras, Tony, pues ya sea que tomes por base de tus discursos tu fé absurda ó tu práctica cómoda, nada puede ser mas propio para aumentar el mérito de este vino de Alicante. La conversacion es una salsa mejor que los mariscos, las lenguas saladas, en una palabra, mejor que todo cuanto pudiera imaginarse para disponer el paladar á saborear el buen vino.

— Pues bien, dígame vm., señor Varney, si milord nuestro amo no estaria mucho mejor servido, si su antecámara estuviese llena de hombres de bien, temerosos de Dios, que ejecutasen sus órdenes y hiciesen al mismo tiempo su negocio tranquilamente, sin ruidos, sin escándalo, en lugar de emplear únicamente guapetones, espadachines como Tilderly, Killigrw, este bribon de Lambourne, que me ha encargado vm. buscar, y otros muchos que estan destinados á la horca desde que nacióron y á los presidios, y son el terror de las gentes pacíficas, y el escándalo de la familia de milord.

— Has de saber, Tony, que el que caza á pelo y á pluma necesita hacer provision de

perros y de halcones. El camino que sigue milord está lleno de dificultades: ha menester gentes de toda clase con quienes pueda contar á todo trance y en todas ocasiones. Necesita de cortesanos perfectos, como yo por ejemplo, que puedan hacerle honor siguiendole á la corte, que sepan echar mano á su espada cuando oigan la menor palabra que hiera su honor, y que...

— Que digan á su nombre una palabra á la oreja de una hermosa dama, cuando no puede acercarse él mismo á ella.

— Necesita tambien, continuó Varney sin contestar á la interrupcion, procuradores, bribones sutiles, para estender las escrituras que amarren á los demas dejandole libre, y para facilitarle los medios de sacar el mejor partido de las concesiones de tierras de la iglesia, y de toda especie de gracias; boticarios para sazonar como convenga en un caso un caldo, una tisana; espadachines intrépidos, capaces de combatir con el diablo que se les ponga por delante; pero sobre todo, y sin perjuicio de los demas, necesita de almas santas, inocentes, puritanas, como la tuya, buen Foster, y que sean capaces de practicar las obras de Satanás desafiando su poder.

— ¿Es eso decir, señor Varney, que nues-

tro amo que, segun creo, es el hombre de sentimientos mas nobles de todo el reino, ha recurrido á medios semejantes que no pueden emplearse sin cometer un gran pecado?

— No me hables jamas en estilo semejante, amigo Foster, no te engañes á tí mismo; no estoy á tu disposicion, como tu triste meollo se lo imagina, porque te descubro sin rebozo los instrumentos, los resortes, las máquinas, las poleas y los ganchos de que se sirven los hombres grandes para elevarse en los tiempos dificiles. ¿No decias tú que nuestro buen lord es el mas noble de los hombres? Sea enhorabuena; por lo mismo necesita mas que nadie tener á su servicio gentes poco escrupulosas, y que, sabiendo que su caida las abrumaria, suden agua y sangre y arriesguen cuerpo y alma para sostenerle á toda costa; y te lo digo, porque nada me importa que se sepa.

— Lo que vm. dice es la pura verdad, señor Varney. El que es gefe de un partido no es mas que una barca flotante, no se eleva por sí misma, debe su elevacion á las olas que la sostienen.

— Siempre hablas por metáforas, Tony; esa chaqueta de terciopelo te ha hecho un oráculo. Será preciso enviarte á Oxford á graduarte. Pero entretanto ¿has empleado todo

lo que te han enviado de Londres? ¿has preparado una habitacion digna de milord?

— Seria digna de un rey el dia de su boda, y aseguro á vm. que nuestra jóven señora se da en ella los aires de la reina de Saba.

— Tanto mejor, amigo Foster; es preciso que merezcamos su aprecio, de eso depende nuestra fortuna.

— En tal caso edificamos sobre la arena, pues suponiendo que logre tener en la corte el rango y la autoridad de su marido, ¿como podrá mirarme, á mí que soy en cierto modo su carcelero, teniendola aquí, á pesar suyo, encerrada como una oruga, miéntras quisiera ser una mariposa dorada, y volar libremente en un jardin hermoso?

— No temas que esté descontenta; yo le haré ver que todo lo que tú has hecho en este asunto lo has hecho por servirla á ella, igualmente que por servir á milord. Cuando salga del cascarron del huevo en que está todavía encerrada, conocerá que hemos empollado nosotros su grandeza.

— Cuidado con eso, señor Varney; quizá cuenta vm. sin la huéspedea en este asunto. Ha recibido á vm. esta mañana con mucha frialdad, y yo creo que nos mira á los dos de mal ojo.

— Te equivocas, Foster, te equivocas

mucho; está ligada conmigo con todos los lazos que pueden atarla á un hombre á quien es deudora de haber podido satisfacer su amor y su ambicion. ¿ Quien ha sacado de su humilde destino á la oscura Amy Robsart, á la hija de un viejo chocho, de un caballero pobre, á la esposa futura de un loco, de un entusiasta, de Edmundo Tresilian? ¿ Quien la ha presentado la perspectiva de la mas grande fortuna de Inglaterra, y quizá de toda la Europa? ¿ No soy yo? Yo soy quien, como te tengo dicho, les proporcionaba citas secretas, quien velaba en el bosque miéntras se perseguia la caza; yo soy aquel á quien sus parientes acusan aun como al compañero de su fuga, y que haria bien de cubrir mi pellejo con alguna cosa mas sólida que una camisa de lienzo de Holanda, para ponerle al abrigo de algun chubasco. ¿ Quien dirigia la correspondencia? ¿ quien entretenuia al viejo caballero y á Tresilian? ¿ quien dispuso la fuga? Yo, yo fuí, en una palabra, el que sacó esta hermosa margarita del campo desconocido en que florecia, para colocarla sobre el mas orgulloso sombrero de toda la Inglaterra.

— Muy bien, señor Varney; pero ella cree quizá que si hubiese consistido en vm., la flor hubiera sido colocada con tal ligereza, que el menor soplo del viento siempre variable

de la pasion hubiera podido echar al suelo la pobre margarita.

— Ella debe considerar, dijo Varney sonriéndose, que mi fidelidad para con milord ha debido impedirme desde luego aconsejarle el casarse; y sin embargo le he dado el consejo de hacerlo, cuando he visto que nada podia satisfacerla sino.... ¿ diré el sacramento ó la ceremonia?

— Pero ella tiene otra queja, y se lo digo á vm. para que pueda tomar á tiempo las medidas que sean necesarias. No le gusta ocultar su esplendor entre cuatro paredes de un edificio antiguo monacal, y quisiera brillar en la corte como condesa.

— Y tiene razon; eso es muy natural. Pero ¿ que tiene que ver eso conmigo? Podrá brillar mas ó menos, segun sea el gusto de milord, yo nada tengo que oponerle.

— Ella piensa que tiene vm. el timon de la barca, y que puede vm. dirigirla á su gusto. En una palabra, atribuye la oscuridad en que vive á los consejos que da vm. en secreto á milord, y al cuidado con que ejecuto yo las órdenes de vm.; asi es que nos ama poco mas ó menos como un condenado á su juez y á su carcelero.

— Será sin embargo preciso que nos ame

mas para salir de aquí, Touy. Si he tenido poderosas razones para dar el consejo de guardarla aquí durante algun tiempo, podré tenerlas para dar el de hacerla brillar con todo su resplandor; pero seria necesario ser un gran loco para hacerlo, siendo ella mi enemiga, pues seria esponerme á perder la consideracion y el empleo de que gozo al lado de milord. Hazla conocer esta verdad cuando se presente la ocasion, y deja á mi cuidado el hablarla en favor tuyo al mismo tiempo. Una mano con otra se lava, y con las dos la cara, este es un proverbio recibido en todo el universo. Es preciso que conozca ella á sus amigos, y la posibilidad de que se conviertan un dia en enemigos. Miéntras tanto, ojo alerta, espiala de cerca, pero con todo el respeto exterior compatible con tu carácter grosero. Es una cosa escelente ese semblante ceñudo y adusto, y debes dar gracias á Dios de haberte favorecido con tal don que no es inútil para el lord, porque cuando se trata de algun acto de severidad, parece en tí natural: no acusa ella tus órdenes secretas, lo atribuye solo á tu congénita brutalidad, y nada sospecha contra los demas. Pero llaman á la puerta: mira por la ventana, y que nadie entre; no nos conviene hoy sobre todo ser interrumpidos.

— Es Miguel Lambourne, dijo Foster

habiendo mirado por la ventana, el mismo de quien he hablado á vm.

— Que entre, que entre, dijo el cortesano; nos trae noticias de Tresilian, y nos conviene informarnos de todos sus movimientos. Que entre, pero no le traigas aquí; iré á buscaros á la biblioteca.

Foster salió, y Varney con los brazos cruzados se paseó de un lado al otro de la sala, sepultado en profundas reflexiones, y dejando escapar de cuando en cuando algunas frases interrumpidas, que hemos procurado enlazar para hacer este soliloquio mas inteligible.

— ¡Harto cierto es! dijo deteniendose de repente, y apoyando la mano derecha sobre la mesa. Este pícaro viejo ha sondeado la profundidad de mis temores, y no he podido ocultarselos. Ella no me ama, ¡y ojalá fuese tan cierto que no la hubiese yo amado jamas! ¡Por cierto que fuí muy insensato en hablarla por mí, cuando la prudencia me ordenaba ser el agente fiel de milord! Este momento fatal de olvido me ha puesto á su discrecion, y jamas un hombre prudente debe ponerse á la merced de la mejor copia de nuestra madre Eva. Desde que mi política ha dado tan peligroso resbalon, no puedo verla sin probar una mezcla estraña de temor, de odio y de ternura; y no sé si tendria mas gusto en po-

seerla que en perderla, si la tuviese á mi disposicion. Pero no saldrá de aquí sin que yo sepa perfectamente á que altura nos hallamos los dos. El interes de milord exige que este oscuro casamiento quede oculto; el mio tambien lo exige, porque si llega él á caer, es preciso que yo caiga. Por otra parte yo no la ofreceré la mano para ayudarla á subir á una silla poltrona, para que una vez que se halle sentada en ella me pueda poner el pié en el pescuezo. Es preciso que el amor ó el temor la hablen en favor mio. ¿Y quien sabe si no podré todavía gustar de la mas dulce venganza de sus antiguos desprecios? Seria la obra maestra de un cortesano. Pero sea admitido yo en sus consejos, confieme ella un secreto, por pequeño que sea, y entónces.... entónces, bella condesa, caiste entre mis garras.

Dió algunos paseos aun en la sala, se detuvo, llenó un vaso de vino, le bebió, como queriendo calmar con eso la agitacion de su ánimo, y dijo:

— Armemonos ahora de una frente serena y de un corazon impenetrable.

Salió de la sala, y fué á buscar á Lambourne para escuchar su relacion y darle sus órdenes.

CAPITULO VI.

De rocío inundaba
La noche el campo, el prado, y lindas flores,
Y con sus resplandores
La luna las ventanas argentaba
De aquella casa antigua en que moraba.

MICKLE.

CUATRO piezas que componian el lado occidental del antiguo edificio llamado Cumnor-Place, habian sido adornadas y amuebladas con una esplendidez extraordinaria. Muchos dias ántes del que hemos fijado para principiar esta historia, se habian comenzado ya los trabajos necesarios para conseguirlo. Los artesanos enviados de Londres, que tenian órden de no salir de la casa hasta despues de haber concluido su tarea, habian transformado en un palacio digno de un rey las habitaciones en que todo anunciaba que hacian parte de un antiguo establecimiento monástico abandonado y destruido. Todo se habia hecho con el mayor secreto. Llegaran los artesanos de noche, y de noche se fuéron; y se habian tomado todas las medidas y precauciones imaginables para evitar que la in-